




TRACY
BROGAN

Traducción
de María Garín

*Cómo encontrar
el marido
(im)perfecto*

BELL HARBOR

amazon crossing 

Cómo encontrar el marido (im)perfecto

Tracy Brogan

Traducción de María Garín

amazon crossing 

Título original: The Best Medicine
Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados
Unidos, 2014

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Septiembre, 2016

Copyright © Edición original 2014 por Tracy Brogan

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2016 traducida por María
Garín
Imagen de cubierta © Laurence Monneret/Getty Images
Diseño de cubierta por: Pepe nymi, Milano

Impreso por: Ver última página
Primera edición digital 2016

ISBN: 9781503938526

www.apub.com

Índice

[Acerca de la autora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Agradecimientos](#)

Acerca de la autora

Tracy Brogan es autora de *best sellers* románticos tanto históricos como contemporáneos y ha ganado diversos premios. Fue finalista a la Mejor Primera Novela del Premio ©RITA que concede la asociación de escritores de género romántico de América, y con *Mi segunda primera vez* ha sido finalista en dos ocasiones del Premio Golden Heart. Entre sus últimos libros se encuentran *Hold on My Heart* y *Highland Surrender*.

*A mi verdadera Gabby y a mi verdadera Hilary, mis BFF antes incluso de que se inventara BFF. **

* BFF, *Best Friends Forever*, «Mejores amigas para siempre». (N. de la t.)

Capítulo 1

Las fiestas de cumpleaños se parecen bastante a las citologías: un tanto molestas, algo delicadas y demasiado personales, pero un fastidio que hay que sufrir inevitablemente una vez al año. Vamos, el test de Papanicolaou pero con regalos. Así que debería haber sabido que no podía pasar de puntillas por semejante fecha con mi dignidad y mi secreto intactos.

Allí estaba, sin molestar a nadie, en busca de una taza de café en el bar reservado para el personal del Centro de Cirugía Plástica de Bell Harbor cuando, de pronto, me encontré rodeada. En silencio y sin avisar, se cernieron sobre mí. El aire que me envolvía se transformó en un reluciente tsunami de confeti metálico de color rosa y morado y mis oídos se llenaron de risas roncadas. Una oleada de cuerpos cálidos me empujó hacia un rincón de la sala. Siguió más destellos voladores que quedaron adheridos a mi rostro y mi cabello como centelleante metralla.

Estaban encima de mí y no había escapatoria.

Era la víctima del Escuadrón Ninja Bomba-de-Purpurina.

Porque aquel no era un día cualquiera. De hecho, era mi cumpleaños. Un cumpleaños que no me hacía feliz y que quería ignorar. Un cumpleaños que me había catapultado de la categoría dieciocho-a-treinta y cuatro a la categoría treinta y cinco-a-cementerio. En ese momento estaba

atrapada en la red del brillante arcoíris de los *ninjas* cumpleaños. Era inútil resistirse.

—¡Sorpresa!

—¡Feliz cumpleaños, Evelyn!

—¡Feliz cumpleaños, doctora Rhoades!

Sobre mí descendió una nueva nube de confeti y alguien me colocó de golpe en la cabeza una tiara deslucida y falsa que, inmediatamente, se enredó en mi cabello pelirrojo. Los casi caritativos buenos deseos se mezclaron con las risas y las bromas sobre la edad, al tiempo que la sala se llenaba con mis seis colegas médicos y algunos de los compañeros de administración; en total, unas veinte personas. Delle, la recepcionista, una mujer regordeta de mediana edad, se abrió paso con decisión entre el bullicio y colocó un pastel cargado de velas en la mesa que había en medio de la sala. Esbozó una enorme sonrisa, triunfante.

Todos hicieron lo mismo. La horda al completo me iluminó con su sonrisa y movieron los pies inquietos mientras sus ojos resplandecían expectantes. Parecían pletóricos, como suele estar la gente cuando quiere abrumarte de placer, pero... no era el caso.

No es que no fuera capaz de apreciar su esfuerzo. No soy una señora Scrooge de los cumpleaños al cien por cien, salvo... en mis propios cumpleaños. No, no soy una de esas mujeres a las que les gustan las grandes celebraciones y sentirse admiradas. Me parece una tontería convertirme en el foco de tanta atención por algo tan poco destacable como cumplir años. Algo similar a obtener el lazo de participante en los campeonatos deportivos del colegio. No había trabajado para ganármelo. Me estaban premiando simplemente por hacer acto de presencia.

—¿Qué? ¿Te hemos dado una sorpresa? —preguntó Delle.

Se subió las gruesas gafas con su regordete pulgar. Llevaba una montura diferente para cada día de la semana.

Aquel día la montura era de color verde azulado, así que debía de ser martes.

Por una milésima de segundo, tuve la esperanza de que aquella cantidad de velas disparase las alarmas de incendio y nos obligara a abandonar el edificio, pero no tuve esa suerte. Me hallaba presa de aquel momento y no tenía más opción que sacrificarme por el grupo, así queforcé mi cara falsa de feliz cumpleaños.

—¡Madre mía, chicos! Sí, vaya que sí. Menuda sorpresa me habéis dado. No tenía ni idea de que nadie supiera que hoy era mi cumpleaños.

Mi sorpresa era auténtica, pero, al mismo tiempo, hice un esfuerzo encomiable por parecer encantada. Un punto a mi favor.

—Nos lo ha dicho la doctora Pullman. Debería agradecersele a ella. —Delle señaló a la médico alta y morena, con un corte de pelo que le habría costado doscientos dólares y unos zapatos con unos absurdos e incómodos tacones de vértigo.

Dirigí la mirada hacia Hilary Pullman, la única persona en toda la ciudad que sabía a ciencia cierta que no quería llamar la atención aquel día. Hilary era mi colega de trabajo, mi confidente más íntima y, hasta hacía diez segundos, mi mejor amiga. Nos habíamos conocido durante la residencia en el servicio de cirugía plástica y habíamos ido intimando al tiempo que aprendíamos a lidiar con las dificultades y las tribulaciones que conlleva ejercer la medicina siendo mujer. No hay nada que dé más solidez a una amistad como compartir un cepillo de dientes después de haber pasado una noche de guardia y antes de la ronda de hospital de la mañana.

Hilary había crecido en Bell Harbor y nuestra amistad fue en gran parte la causa de que yo escogiera ejercer aquí, pero sabía perfectamente que odiaba que me agasajaran con fiestas de cumpleaños. La miré con ojos entornados y traté de parecer furiosa. Subida ella a esos malditos

tacones, me sacaba casi una cabeza, así que estaba claramente en desventaja.

Hilary me devolvió una sonrisa inocente y se encogió de hombros, un gesto muy suyo que quería decir «Lo siento, pero tampoco creas que demasiado». Se apartó un poco del grupo de jueguistas. El dobladillo de su ajustada falda de color negro apenas asomaba por debajo de la bata blanca. Para algunos, la falda podría resultar demasiado corta. Y tendrían razón. Pero, sinceramente, de tener esas piernas, yo también habría llevado faldas así. Desgraciadamente, no tenía aquellas piernas, así que no podía ni plantearme llevarlas o no. Apenas superaba el metro cincuenta. Lo que me quedaba corto a mí, no le quedaba corto a nadie más.

Hilary cogió una espátula de la mesa con sus delicados dedos y me la tendió por el mango.

—Feliz cumpleaños, Evie. Ya sé que no está tan afilada como las que estamos acostumbradas a utilizar, pero aquí tienes. No me apuñales. —Me guiñó un ojo bromeando.

Cogí la espátula y traté de fulminarla con la mirada sin que los otros se dieran cuenta, pero Hilary era absolutamente inmune a mi enfado. No porque no se diera cuenta, sino porque le daba igual. Hilary consideraba que el papel que debía desempeñar en nuestra relación de amistad era el de tomarme el pelo y engatusarme para que saliera de mi zona de confort. En algún momento, había decidido que su papel consistía en conseguir que me soltase un poco, pero yo no tenía necesidad alguna de soltarme. Me gustaba ser así. Casi siempre.

Delle resopló y juntó las manos por delante de su enorme pecho copa D.

—Venga, pida un deseo, doctora Rhoades. Sople las velas.

Sonreí, primero a Delle y después a los demás. Y me esforcé tanto en interpretar mi papel que casi pareció real. Al fin y al cabo, tenían buena intención. Quizá ese cumplea-

ños no fuera tan malo. Treinta y cinco no eran tantos años. Al menos no había señales del Día del Juicio Final ni globos anunciando que se me pasaba el arroz. Ni coronas de flores o crespones negros. Solo confeti y una tiara. Podía manejar la situación.

Me aclaré la garganta y cogí aire.

—Gracias a todos. Qué detalle por vuestra parte. Estos meses que he pasado en Bell Harbor han sido maravillosos y habéis hecho que me sienta como en casa. No se me ocurre qué más podría desear.

—¿Qué tal un marido? —exclamó Delle, mientras soltaba una risita y asentía dirigiéndose a los demás con la frente perlada por el sudor.

Oh, qué divertida era, ¿verdad? Acosándome el día de mi cumpleaños.

Esa era una de las desventajas de trasladarse a una comunidad tan pequeña y tan unida: la absoluta falta de privacidad. El hecho de ser la doctora nueva de la ciudad me había convertido en un objeto tan fascinante y curioso para los buenos vecinos de Bell Harbor como si fuera un meteorito que caía sobre la cruz de la iglesia de la Inmaculada Concepción de St. Aloysius. Toda la ciudad parecía saber que vivía sola en un diminuto apartamento, que quería comprar una casa a orillas del lago y que era una soltera empedernida. Este último detalle parecía pesarle a todo el mundo. Bueno, a todo el mundo excepto a mí. Todavía tenía mucho tiempo para encontrar marido.

Si es que alguna vez quería encontrarlo.

Y no quería.

Casi nunca.

Tampoco quería estar en esa sala rodeada de gente especulando sobre mi vida amorosa o, más bien, la falta de ella. Mi vida privada era... privada. Si se limitasen a mantenerla así.

Ofrecí una risita falsa y me volví hacia el pastel. Me quedé mirando fijamente las velas e hice ver que meditaba

sobre mi deseo con la seriedad que exige el momento. Sin embargo, al haber vivido la mayor parte de mi vida atrincherada en una filosofía científica basada en las pruebas, lo de pedir un deseo y soplar las velas no formaba parte de mi ser. Los deseos de cumpleaños no se hacían realidad como tampoco se hacen realidad los deseos ni al soplar un algodón de azúcar al viento ni al lanzar monedas a una fuente. Los deseos no eran otra cosa que metas no alcanzadas.

Sin embargo, la imagen de un vestido blanco de gasa flotando mientras avanzaba por un pasillo en dirección a un novio sin rostro y ataviado con un chaqué irrumpió en mi mente, como un arcoíris ilumina el funesto cielo después de la tormenta. Había rosas de un color rosa brillante y damas de honor vestidas de raso. Las notas del *Canon en Re Mayor* de Pachelbel resonaron en mis oídos. De manera ilógica, mi corazón empezó a palpar, como si esa visión fuera algo por lo que luchar. No era así, por supuesto. En mi caso no. No en ese momento. Yo tenía mi carrera profesional y eso bastaba.

Casi siempre.

Parpadeé para borrar esa imagen de mi juego de «pantalla mágica» mental y soplé las velas sin pedir ningún deseo. Todo el mundo aplaudió y todos a una se lanzaron hacia delante como si fueran un banco de atunes sincronizado. Atunes que querían pastel. Una vez más, me encontré rodeada.

—Déjame ayudarte —dijo Gabby, nuestra jefa de administración, al tiempo que daba un paso al frente. Se recogió el pelo, ese pelo rubio suyo teñido de rosa en las puntas, detrás de la oreja llena de *piercings*. La falda se le movió sibilante alrededor de los tobillos. Tenía veintiocho años y esas pieles juveniles y sin mácula que mis pacientes trataban de recuperar pagando miles de dólares. También era la hermana pequeña de Hilary, algo que, por asociación, la convertía también un poco en mi hermana pequeña.

—Aquí tienes los platos —me dijo tendiéndome una pila.

Estaban decorados con gatitos que llevaban la misma tiara que yo, como si, en lugar de cumplir treinta y cinco años, solo fueran cinco. Quizá hubieran sobrado de algún cumpleaños infantil, quizá alguien me estuviera tomando el pelo. No quería saber la respuesta correcta.

—¿Quién quiere un trozo del borde con un montón de glaseado? —pregunté, aliviada por tener algo que hacer con las manos.

«Vamos a empezar, y terminar, con esta fiesta cuanto antes para poder volver a mis historiales clínicos y sumergirme en el papeleo. Mejor hundirme en los papeles que en esta tarta.»

Corté el pastel con facilidad. Ventaja de ser cirujana plástica. Gabby y Hilary repartieron los platos y luego volvieron junto a mí para coger sus trozos de pastel. Yo debía probarla y comí un poco, pero al hacerlo me dije que necesitaría cuarenta y cinco minutos extra de ejercicio cardiovascular para quemar aquellas calorías y hacer desaparecer como fuera aquella grasa que se pegaría en mis arterias como aceite viejo para el motor de un coche, pero... ¡maldita sea! ¡Qué rica! Pegajosa, dulce, exagerada.

Gabby se metió una rosa glaseada enorme en la boca y, con los dientes cubiertos de carmesí, dijo:

—*Feliz aniversário*. —Parecía un vampiro—. Es feliz cumpleaños en portugués —añadió.

—¿Desde cuándo hablas portugués? —le preguntó Hilary dando un mordisquito al minúsculo trozo de pastel que había cogido.

Su hermana se encogió de hombros y respondió evasiva:

—Hace un tiempo. Estoy aprendiendo por mi cuenta. Una lengua maravillosa. Unos hombres maravillosos.

Hilary asintió y clavó sus ojos castaño oscuro en mí:

—Ejem, hablando de hombres maravillosos, Evie, no te haría ningún daño, ¿sabes?

Levanté la vista de mi pastel y le repliqué:

—¿Aprender portugués?

—No —susurró—. Desear un marido. Ya lo sabes, tener un poquito de algo para tu cumpleaños. —Y acompañó su sugerencia con una sutil oscilación de caderas, como si el significado de su frase no hubiera quedado claro.

Gabby soltó una risita y yo ahogué la mía en el pastel. Cogí la taza de café, pero estaba vacía. Tragué saliva lo mejor que pude y respondí, indignada:

—¿Qué te hace pensar que no lo voy a tener?

—Me lo habrías dicho.

Tenía razón. Así era.

—Y, además, tu madre ha llamado por lo de la cena de esta noche —añadió Gabby—. He hablado con ella hace un cuarto de hora.

—¿Has hablado con mi madre?

Gabby asintió y las puntas rosas de su cabello se movieron sobre sus hombros.

—Sí, así es. Y me ha dicho: «*Vámos ser tarde. Podemos encontrá-lo restaurant*».

La curiosidad y mis niveles de azúcar se dispararon a la vez.

—Mi portugués no es muy bueno, Gab. ¿Qué significa exactamente eso?

—Significa que tus padres van a llegar tarde y se reunirán contigo en el restaurante. —Y se metió otra rosa glaseada en la boca con la cuchara.

—También ha dicho que no podía soportar la idea de que pasases otro cumpleaños sola —añadió Hilary y cogió una miga solitaria con el tenedor.

—¡No ha dicho eso! —Se me ahogó el grito en la garganta y me volví para ver si alguien en la sala me había oído, pero todos estaban hechizados con el pastel. Bajé mi tono de voz hasta convertirlo en un trabajadísimo susurro